



Virtualia

Revista digital de la Escuela de la Orientación Lacaniana

SUMARIO

#21

Septiembre 2010

Editorial 21

Por Fernando Vitale

ECOS DEL VII CONGRESO DE LA AMP: SEMBLANTES Y SÍNTOMA

Falo, residuo que verifica

Por Rose-Paule Vinciguerra

Borde de semblante

Por Pierre Malengreau

Comentario

Por Juan Carlos Indart

HACIA EL VIII CONGRESO DE LA AMP

El Orden Simbólico en el siglo XXI. No es más lo que era.
¿Qué consecuencias para la cura?

Las fallas de la tierra y del cielo: consecuencias para la cura

Por Eric Laurent

Intervenciones

- Por Marie-Hélène Brousse
- Por Carmen Cuñat
- Por Fabian Naparstek

ACCIÓN LACANIANA: FORO DE TURÍN

Comunicado de la presidente de la SLP

Por Paola Francesconi

El regreso del “mariuolo”: Nota psicoanalítica sobre la corrupción

Por Domenico Cosenza

Política del psicoanálisis

Por Rosa Elena Manzetti

El cuerpo expuesto, el cuerpo escondido

Por Paola Bolgiani

Legalidad, ilegalidad, legitimidad: ¿quiénes gozan?

Por Paola Francesconi

Las paradojas de la culpa

Por Carmelo Licitra Rosa

ACTUALIDAD DEL LAZO

Hiroshima, memoria de una visión imposible

Por Marcelo Barros

Trauma, historia y subjetividad

Por Dudy Bleger

El duelo en la época del empuje a la felicidad

Por Liliana Cazenave

El Psicoanálisis y el secreto

Por Jorge Yunis

Sobre el Orden Simbólico en el siglo XXI

Por Silvia Ons

Variaciones para una izquierda lacaniana. Conversación con Jorge Alemán

Reseña realizada por Clara Schor-Landman

ESTUDIOS

Acerca de la causa

Por Pablo Fridman

Angustia e inhibición en la psicosis

Por Daniel Millas

De algunos elementos que aporta Funes

Por Juan Fernando Perez

Estilo e inconsciente, del lado del analista

Por Alejandro Willington

HACIA EL VIII CONGRESO DE LA AMP:
El Orden Simbólico en el siglo XXI. No es más lo que era. ¿Qué consecuencias para la cura?

Brainstorming

Intervención de Carmen Cuñat



DANIEL ABATE. Artista: Nicanor Aráoz.
 Título: Sin título. Año: 2009.
 Técnica: C-print. Toma directa digital.
 Medidas: 1.46 x 1.26 mts.

Cada vez más acuden a la consulta mujeres cuya queja apunta a la soledad, parapetadas en el sintagma “Todos los hombres son iguales”.

En su búsqueda de partenaire - porque en mi pequeña estadística no se percibe una renuncia al respecto - ellas suelen acudir a las redes sociales virtuales, y en muchos casos eso relanza sus sueños.

Se suele decir que esas redes permiten la reconexión porque el cuerpo, los cuerpos, pueden sustraerse. Ahí, ellas no necesitan, dicen, disfrazarse para mostrarse. Pero cuidado: cada vez más también el encuentro en la Red, que parece hacer existir la relación sexual, trae consigo el estrago. “Estrago express”, así lo llamó una analizante que, frente a la posibilidad del encuentro, se lanzó a poner en la Red sus pensamientos más íntimos, los que cuidadosamente había elaborado bajo la forma de ficciones; ficciones que venían a suplir una relación desfalleciente con el falo y con la castración. En el momento álgido de los intercambios ella encontró la gran excitación y en el momento siguiente una angustia sin medida. Y es que, sin duda, el cuerpo está presente en esos intercambios, el cuerpo como sustancia

gozante; ese cuerpo que se goza y que el sujeto histérico rechaza porque intuye que es algo muy desmedido.

En un análisis se trata de encontrar una relación con ese cuerpo mediatizada por la palabra. Una palabra que dé la medida, aunque no toda.

Hemos podido escuchar en los últimos testimonios de los AE, sobre todo en los testimonios de mujeres, la necesidad de que en algún momento el analista responda con su cuerpo, el suyo, lo haga presente: Un gesto de acogida, una sonrisa a destiempo, una mirada distraída, un empujoncito a la salida, valen más que mil palabras. ¿Cómo tomar esos signos del analista que, en efecto, relanzan el deseo del analizante? ¿Qué estatuto darles? ¿Se trata de una vuelta al lenguaje preverbal? No, esos signos tienen estatuto de acto, y el acto analítico es siempre deudor de lo simbólico. El acto analítico está precedido por la palabra analizante. De hecho, esos movimientos del analista no son imprescindibles. A veces es suficiente que los movimientos de la paciente encuentren su lugar. En el caso que precede es ella misma la que pide sentarse para volver a encontrar los bordes frente a una mirada apaciguante.

A mi entender, esos signos cumplen dos funciones: una, la de mostrar y conceder que no todo el goce pasa por la palabra, y esto para una mujer es a veces un verdadero alivio; la segunda, es para recordarle que eso está ahí y que, por el momento, un sujeto, el sujeto supuesto saber, lo encarna para ella.

El analista del siglo XXI, a mi parecer, va a tener ante todo la tarea de proporcionar el marco simbólico para dar un lugar a lo real de ese cuerpo, que los avances tecnológicos tanto desdeñan, por otras razones que la histeria. O es el acto analítico el que permite que el goce de ese cuerpo resuene o será la intrusión salvaje del protocolo electrónico y del bisturí.

En cuanto a la soledad, un analista digno de hacerse amar es aquel que viene al lugar del al menos uno que no entiende lo que ella tampoco entiende ni entenderá nunca, pero que no se desentiende, que la acoge. Eso la puede orientar en sus elecciones.